

El último hombre al final de los tiempos

Por José Manuel Calderón De La Peña

En el final de los días y las noches, nada quedaba. Todo estaba vacío; no había ciudades con altos edificios ni bosques con árboles que cubrían el cielo. Ahora solo existía un prado, un prado de color verdoso que, con el pasar de las generaciones, perdía cada vez más su color. Pero no solo eso se había perdido, los grandes monumentos creados por el hombre y los hermosos cañones de la naturaleza se habían desvanecido en el tiempo. Ahora el mundo era una esfera, una esfera monótona y aburrida, esperando su propio fin. Todo había desaparecido, todo, excepto... un hombre.

Este hombre no era ningún enviado de un ser místico ni tenía una misión que cumplir. Solo se le había concedido el poder de vivir cuanto fuera necesario. Tenía el poder de detener su propia inmortalidad y afrontar con brazos abiertos a la muerte, pero aún no se sentía preparado. Una mañana, el sol, un titán de fuego con un carácter curioso y entrometido le preguntó, "¿Quién eres?" El hombre replicó, "Solo soy un hombre, y tú no eres realmente el sol, eres un producto de mi propia demencia".

"Puedes considerarme tu demencia, puedes considerarme un ser ancestral, pero una cosa está clara, no has respondido mi pregunta..." el sol se quejó. "He vivido muchas vidas, he tenido muchos nombres, he visto nacer y morir a la gente que amo antes que yo. ¿Cómo quieres que te responda?", el hombre dijo con un tono abrumado.

"Sin decirme tu nombre, tus gustos, tu oficio, tus hábitos y tus aventuras, respóndeme esta pregunta, ¿Quién eres?", el sol preguntó con firmeza. "No lo sé", el hombre respondió. "Y por eso mismo, sigo aquí".

"La verdadera angustia humana empieza con la disociación de uno mismo", el sol expuso. "Es imposible no desconectarse de uno mismo cuando haces lo mismo cada día y todo para resultar puramente ordinario", el hombre mencionó. "El hecho

de que estés aquí, hombre de otro tiempo, te hace único e inigualable", el sol le respondió.

"Si todos tuvieran mi poder, no lo sería. Además, esto no depende de mí como persona, esto es algo con lo que tengo que vivir por el resto de mis días", el hombre dijo con un tono entristecido.

"Tu tiempo de vida ha perdurado lo suficiente, eres más viejo que el tiempo mismo", el sol dijo. "No puedo morir, no hasta que sepa para qué vine al mundo", el hombre reclamó. "Tantas generaciones, tantos milenios y tantas épocas, y aún así, sigues sin poder diferenciarte de los demás", el sol dijo sintiendo pena por la situación de este ser tan peculiar.

Después de su encuentro, la noche cayó junto con el día y la luna se presentó ante el hombre. La luna era retratada como un ente de luz fría y elegante, que utilizaba la oscuridad de la noche como su vestido, y con un tono crítico le dijo, "Alma perdida en tierra moribunda, el sol me ha hablado de tu peculiar caso". "Entonces, ¿estás aquí para ayudarme?" el hombre con ánimos de auxilio replicó. "No, yo soy simplemente la juez de tus acciones. Al caer la noche, la única luz presente es la mía, descubriendo todas las acciones hechas por cualquier criatura que se atreva a salir de noche. He visto cosas imperdonables al igual que escenarios depresivos y conclusiones amargas. No soy tu auxilio, soy tu espectador", la luna dijo, mostrando sus verdaderas intenciones ante el hombre.

"He vivido por más de mil milenios, he sido tanto el santo como el pecador en muchas de mis vidas, he sostenido la bandera y la espada en muchas revoluciones, y aun así no me siento satisfecho", el hombre replicó. "La humanidad es siempre la misma, siempre queriendo aspirar a más, pero esperando a que la oportunidad les llegue. Por eso es que tenemos un periodo de vida, para que hagamos lo más que podamos en ese corto tiempo. Pero ustedes no lo entendieron. Se conformaron con un trabajo que los mantuviera y entretenimiento que hiciera pasar más rápido el tiempo. No lograron ver la imagen entera. La vida se trata de inconformidades. La vida es un camino y ustedes, los nómadas, se les entregó una conciencia para ser libres, para ser diferentes a los animales, pero lo único que hicieron fue encarcelarse de nuevo", la luna explicó con un tono de resentimiento.

"Pero si eran felices entonces, cuál es..." el hombre quiso decir algo, pero fue interrumpido por la luna. "La felicidad no existe, la conformidad no te deja en un estado de plenitud continua sino en un estado donde no experimentas malos sentimientos. Pero no es y nunca será lo mismo que ser feliz. ¿Quiénes son ustedes para decidir qué es la felicidad si no se atreven a sentir el dolor?" El hombre dejó a la luna para poder irse a dormir, pero no pudo.

Finalmente, la misma tierra, un ser gigante risueño, le habló al hombre; "Bestia inmortal que divaga por sobre mí, cuéntame; ¿qué te perturba?" "Soy un hombre sin propósito, un hombre sin identidad. Puedo morir cuando quiera, pero me quedo esperando a que algo pase", el hombre dijo. "Ya todo ha pasado, amigo mío. Te has quedado en una burbuja e ignoraste todo lo que pasó, esperando algo más. Pero has llegado al final del camino, y sigues aquí", la tierra dijo. "Tú, que has soportado tanto de la humanidad, cuéntame, ¿qué has aprendido de la misma?" el hombre preguntó. "Realmente, eso fue lo único que hice; soportar. Soporté carretas impulsadas por caballos, caminatas de pueblos vecinos que significaban guerra, explosiones creadas por el mismo humano y muchas otras cosas. Pero realmente no pude ver nada. ¿Quisieras contarme... qué se siente ser humano?" la tierra preguntó. El hombre, sin poder responder, decidió terminar la conversación.

El hombre decidió volver a su travesía, hasta que se encontró con la orilla del mar. Sin personas que poblaran masivamente las playas, el hombre sintió cómo la calma era atraída por el único sonido que se presentaba: las olas del mar. Así permaneció el hombre hasta que el sol se puso para acabar con el día, y se presentó una vez más. "Estoy muriendo", dijo el sol. "No", el hombre con actitud sorprendida dijo. "Por favor, necesito más tiempo".

"Ya es muy tarde, hombre. La vida de este sistema solar llegará a su fin para darle vida a otro", el sol exclamó. "Solo necesito más tiempo", el hombre con tonos en busca de esperanza dijo. "Has tenido todo el tiempo del mundo, y aun así, realmente quieres más. ¿Qué tan grande es tu hambre para seguir suplicando?" el sol dijo en un tono molesto. "Aún no sé quién soy", el hombre impuso en un tono frágil e inseguro. "No has respondido la pregunta que te hice cuando te conocí", el sol repitió.

"¡Al diablo con tu pregunta, solo soy un hombre, un humano! ¡No soy extraordinario!" el hombre gritó. El sol dijo, "Te llamas a ti mismo humano como si fueras producto de una inmundicia, pero eres parte de la creación, el acto más grande de la naturaleza. Cuentas con una conciencia que te deja darte cuenta de lo que haces con tu vida y acciones. Tienes la capacidad de sentir amor por alguien y sentirte completo al estar con esa persona. Tienes la capacidad de llorar y expresar realmente cómo te sientes. Eres capaz de estas cosas y más. Eres una bestia libre, libre de amar, libre de reír, libre de llorar, libre de golpear la tierra y gritar en completa desesperación, libre de poder ver atrás y pensar en todo lo que has hecho, las personas que has conocido, los lugares que has visitado, los olores que te han cautivado, los sonidos que son música para tus oídos, los sabores que te desprenden alegría, los paisajes que has visto. La humanidad nunca acaba, es un fenómeno que se presenta constantemente y es inmortal, porque mientras haya olores, sabores, paisajes y sonidos que te recuerden cuando viviste entre ellos, los humanos, la humanidad seguirá viva, y yo, el mismísimo sol, y ella, la mismísima luna, somos testigos de lo que una vez fue, y permanecerá como un recuerdo viviente. Eso es ser humano".

Al escuchar esto, las lágrimas empezaron a caer del rostro del hombre. El hombre vio todas sus vidas pasar, todas las conversaciones que tuvo, todas las veces en las que vio al sol salir y a la luna llegar, todas las veces en las que se levantó y pensó "¿Es este el día en el que muera?" y así por más de un milenio, todos los pensamientos posibles surgieron dentro de él como un montón de vidrio cayendo al suelo, llenando el cuarto con incesante sonido, pero en solo un momento...todo se calló. El hombre dejando caer su cuerpo en la arena, se unió con la tierra como debió haber sido hace mucho tiempo, con la realización de que al final, no había necesidad de encontrar una identidad que viviera por solo un siglo, sino una identidad que viviera hasta el final de los tiempos. Con esta realización, el hombre se dejó ir y, así como una flor se marchita y se desvanece, el hombre dejó la existencia, para que el final pudiera suceder.

FIN